

# EL MISMO AMOR

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en  
el TEATRO LARA el 17 de Enero de 1907.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

## PERSONAJES

GUADALUPE (40 años).  
ISABEL (65 id.).  
LOLA (21 id.).  
PRESENTACIÓN (40 id.).  
PACA, criada joven.  
ESTEBAN (45 años).  
TÍO NICASIO (60 id.).  
FULGENCIO LEÓN (50 id.).  
EMILIO (24 id.).

ÉPOCA ACTUAL

DERECHA Y IZQUIERDA, LAS DEL ACTOR

## ACTO PRIMERO

Una sala moderna y coqueta. Muchas flores. Es en Abril, por la mañana.

### ESCENA PRIMERA

PACA, por la derecha, con un tiesto y lo coloca al foro, en el mirador. Después NICASIO, por la izquierda.

NICASIO.—¿Ahora las plantas a la sala?

PACA.—Lo que mandan, señorito don Nicasio.

NICASIO.—Lo que es por trajín, ya puede quedar hoy la casa como una patena.

PACA.—Pues la señorita Lola aún no la encuentra bastante limpia.

NICASIO.—El amor, Paca, el amor. No hay nada que exija tanta limpieza como una visita de amor.

PACA.—Vendrá el padre del novio a pedir la mano de la señorita Lola...

NICASIO.—Ya pedirá algo más.

PACA.—Probablemente.

NICASIO.—Llevas un ojal descosido.

PACA.—¿Dónde?

NICASIO.—*(Jugando.)*—Aquí...

PACA.—*(Dándole un manotazo.)*—Es usted muy sobón, don Nicasio.

NICASIO.—Sí, Paca, sí. ¿Para qué te lo voy a negar?

PACA.—Con usted no para una criada en la casa...

NICASIO.—Pues sí parará...

PACA.—Vaya, vaya...

*(Mutis Paca, por la derecha.)*

## ESCENA II

NICASIO, luego ISABEL, por la izquierda.

NICASIO.—*(Sentándose.)*—Hasta la una que vendrá esa gente a almorzar, ¿por qué me obligarán a ponerme tan estirado?... En esta casa, a los muebles y a mi nos zarandean sin compasión...

*(Pausa.)*

ISABEL.—*(Entrando.)*—¿Qué haces ahí senta-

do? ¿No se te pudre la sangre de estar ocioso todo el día?

NICASIO.—¿Pero qué voy a hacer?

ISABEL.—¡Ay, qué genio tienes! ¡Levántate, hombre!

NICASIO.—¿Que me levante?... Bueno.

ISABEL.—¡Parece increíble que seamos hermanos! ¿No ves cómo los demás trabajan?

NICASIO.—Lo veo con mucho gusto.

ISABEL.—Llevamos una mañana tan ocupada, que no he podido ni rezar seguidas mis oraciones. Voy a aprovechar unos minutos...

*(Vase por la derecha.)*

NICASIO.—Aprovéchalos. Y como reza mucho se cree verdaderamente que está muy ocupada. ¡Todo ilusión!... Lo que uno se figura que hace es tan bueno o tan útil como si en realidad se hiciera...

## ESCENA III

NICASIO y PACA, por la derecha.

PACA.—Y éste al otro rincón.

NICASIO.—Menuda propina aguardaréis hoy.

PACA.—Bien la ganamos. Preparar la comida y la mesa para veinte personas...

NICASIO.—La petición oficial de boda hay que solemnizarla con una buena comida... y una mala digestión. Un acontecimiento así en una casa de viudas.

PACA.—La señorita Lola es soltera y va a casarse.

NICASIO.—De ese modo empezaron todas las viudas. Pero por de pronto es menester festejar la llegada de ese marido, que revuelve la imaginación de las mujeres... Mi hermana Isabel, con sus sesenta y cinco años auestas, aún suspira por el difunto Jaime, que a estas horas sería una momia... Su hija Guadalupe supongo que también suspirará por el difunto respectivo, y la nieta, Lolita, nos trae tarumba con este número del programa conyugal.

PACA.—Las señoritas son tan buenas que merecen todo el bien que les llegue; y usted también se alegrará, don Nicasio.

NICASIO.—(*Abrazándola.*)—A ratos...

PACA.—¡Manos quietas! Y usted ya podía ir pensando en casarse...

NICASIO.—¡Si ya soy casado! Quizás me falte

algún requisito, pero no le concedo importancia...

PACA.—Usted lo que no puede ser es viudo...

NICASIO.—¡Si también lo soy! Y de la manera más satisfactoria, sin necesidad de que ellas se mueran.

PACA.—Usted es un hombre de cuidado.

NICASIO.—Te lo agradezco. Cuando uno pasa de los cincuenta, decir que se le tiene miedo es un piropo. Te lo agradezco, Paca.

#### ESCENA IV

DICHOS y GUADALUPE, por la izquierda.

GUADALUPE.—¿Qué haces aquí, Nicasio? ¿Estorbando?...

NICASIO.—Guadalupe...

GUADALUPE.—No estés en medio de la habitación, que dificultas el paso. Siquiera haz el favor de sentarte.

NICASIO.—¿Que me siente? Bueno.

GUADALUPE.—Y tú dile a Manuela que se llegue al horno para que no descuiden el asado.

PACA.—Iré yo misma.

GUADALUPE.—A charlar con Martín, que estará en la esquina.

PACA.—Estará en la esquina... y le digo que se vaya.

GUADALUPE.—No tardes, Paca, no tardes.

PACA.—No, señorita.

(*Vase Paca por la izquierda.*)

#### ESCENA V

DICHOS menos PACA. LOLA, por la izquierda.

LOLA.—¡Ay, mamáita... no te conozco! Un traje, no diremos que blanco, pero que ya no es negro. Estás muy guapa.

NICASIO.—Era una exageración, después de diez y seis años de viudez, llevar aún alivio de luto.

GUADALUPE.—No. Me había acostumbrado a las telas negras.

LOLA.—¡Tío Nicasio! ¡Tío Nicasio!

NICASIO.—¿Qué, Lolita?

LOLA.—Tío Nicasio... ¿sentado? ¿Arrugándome los almohadones?

NICASIO.—¿Pero cómo voy a estar? La abuela, que me levante; la hija, que me siente; la nieta...

LOLA.—¡Que te levantes! Quedarán chafados y feos y horribles... Yo no los arreglé para que tú los estropees.

NICASIO.—Muchas gracias.

GUADALUPE.—Es hoy, ahora solamente.

LOLA.—Van a venir don Esteban y Emilio...

NICASIO.—Y si ven un almohadón arrugado, no pedirán tu mano. Eso es evidente...

LOLA.—No te enfades...

GUADALUPE.—Naturalmente le ha de halagar que se vea la ilusión con que los recibe.

LOLA.—Tío Nicasio... Allí has tirado una cerrilla.

NICASIO.—(*Después de mirar.*)—Es verdad.

LOLA.—¿Por qué no la coges?

NICASIO.—¿Por qué no la coges tú?

LOLA.—Yo ya estoy vestida.

NICASIO.—Y yo también.

LOLA.—Sé complaciente, tío Nicasio..., tío Nicasito...

NICASIO.—¡Si no os apretaseis el corsé de esa manera!..., que además no es sano.

LOLA.—La cerilla.

*Nicasio se agacha; suena el timbre: Lola da un grito pequeño y vase por la izquierda.*

NICASIO.—*(Levantándose asustado.)*—Si está apagada...

GUADALUPE.—Han llamado.

NICASIO.—*(Poniéndose muy serio y estirándose.)*—¡Ahl...

LOLA.—*(Entrando de nuevo.)*—Traen el helado.

NICASIO.—Y son las once. Se va a enfriar.

GUADALUPE.—Has de calmar esos nervios, Lola. Y no es correcto que salgas tú a la puerta. Ya entrarán.

NICASIO.—Las primeras veces que uno se casa, se excita uno mucho..

LOLA.—No lo puedo remediar, mamá...

NICASIO.—Ya lo he explicado yo.

LOLA.—¿Y tu caja de cigarros, la de plata, no me la prestas? Tráela.

NICASIO.—¿Que la traiga?

GUADALUPE.—Están las muchachas ocupadas. Considera que almorzarán veinte personas, y el servicio no tiene costumbre de este jaleo...

NICASIO.—Iré yo; traeré la caja yo. Y en cuanto se marchen las visitas me tumbo en el sofá, sobre los almohadones, y tiro al suelo las cerillas que me dé la gana.

*(Vase por la derecha.)*

## ESCENA VI

GUADALUPE y LOLA

GUADALUPE.—No voy a pedir que te pongas triste; pero echa un poco la llave a esos pícaros nervios. Realizas una boda ventajosa, con una familia decente y con un muchacho a quien tú quieres...

LOLA.—¡Y que me quiere!

GUADALUPE.—Hay motivos de contento, pero no exageres...

LOLA.—Y en estar contenta, en ser feliz, en quererlos a todos, ¿puede haber exageración?...

*(Cogiéndola.)*

¿Una vuelta de vals, mamá?

## ESCENA VII

DICHAS; ISABEL, por la derecha.

ISABEL.—¡Ay, qué vergüenza!

LOLA.—¿Qué te pasa, abuelita?

ISABEL.—¡Ay, qué escándalo!

GUADALUPE.—¿Qué ocurre, madre?

ISABEL.—¡Yo me voy a poner enferma de la sofocación!

LOLA.—¡Por Dios, abuela, no te disgustes hoy!

ISABEL.—Pero si lo he sabido hoy, ¿me voy a disgustar mañana?

GUADALUPE.—¡Dilo! ¿Qué es?, ¿qué ocurre?

ISABEL.—En el pasillo... Nicasio... abrazando a Paca.

LOLA.—Tío Nicasio llama a eso saladar.

ISABEL.—Ahora mismo se va esa criada a la calle.

GUADALUPE.—La culpa es de Nicasio.

ISABEL.—De quien sea. A la calle ahora mismo.

GUADALUPE.—Mañana la despediremos.

ISABEL.—La he despedido ya.

GUADALUPE.—Mira que hay veinte personas...

ISABEL.—Que las haya.

GUADALUPE.—Y Paca es la más dispuesta. Aun con ella nos servirán medianamente.

LOLA.—Abuela, por Dios, no echas hoy a la Paca.

ISABEL.—Los dos no pueden estar en mi casa ni un momento más.

LOLA.—Pues echa al tío Nicasio, que no hace tanta falta.

ISABEL.—Es mi hermano.

LOLA.—Pero no sirve a la mesa, que es nuestro apuro.

## ESCENA VIII

DICHAS; NICASIO, por la derecha, con una cajita.

GUADALUPE.—Nicasio, ¿encuentras bien lo del pasillo?

NICASIO.—No. Es lo peor de la casa. Debias cambiar el papel.

ISABEL.—¡Niega que abrazabas a la doncella!

NICASIO.—¿Un día como hoy os vais a fijar en esas menudencias?... En otras ocasiones reco-

nozco la mala intención, ¿pero hoy...? Ese acto que os escandaliza no es más que un vermú para el banquete, a ver si me inspira, y cuando lleguen los brindis puedo deciros alguna cosita verde.

ISABEL.—Nos avergonzarás, Nicasio.

NICASIO.—Aún no he podido enterarme de por qué las cosas verdes han de poner a la gente colorada. Para mí es un contrasentido.

GUADALUPE.—Si alcanzas ese punto de inspiración, te agradeceríamos que no brindases.

LOLA.—Van a juzgarte mal, tío.

*(Suena el timbre. Lola da un grito, cogiéndose del brazo de Isabel y de Nicasio.)*

Ya ves que voy dominándome, mamá.

NICASIO.—Es Fulgencio León.

ISABEL.—Despide a ese amigote.

GUADALUPE.—No es hora de visitas.

LOLA.—Y no le dejes sentar.

*(Se van las tres por la derecha.)*

## ESCENA IX

NICASIO y FULGENCIO LEÓN, por la izquierda.

FULGENCIO.—Salud, Nicasio.

NICASIO.—Hola, León.

FULGENCIO.—Vengo indignado con mi padre...

NICASIO.—Tu padre, ¿no murió hace catorce años?

FULGENCIO.—No importa: vengo indignado. ¿Por qué me dejaría un apellido tan belicoso?

NICASIO.—Él mismo no lo habrá escogido.

FULGENCIO.—Y todos lo emplean de argumento contra mí. León, tienes que pegarte; León, tienes que lavar esa ofensa; León, tú no puedes quedar como un gato...

NICASIO.—Exactamente...

FULGENCIO.—Y después de todo, yo no he visto que los gatos queden tan mal...

*(Soplando.)*

¡Ufff!...

NICASIO.—*(Impidiéndole sentarse.)*—¿Qué sucede ahora?

FULGENCIO.—Ya recuerdas que ayer tuve un



disgusto en la oficina, porque un compañero, contando la boda de unos primos suyos, decía que se casaron muy jóvenes; pero decía casado con zeda, que se habían cazado..., y yo me permití indicarle que era con ese... ¡Me está bien empleado! ¿A mí qué más me da una letra que otra?

NICASIO.—Para que no vuelva a corregir la plana.

FULGENCIO.—Se incomodó, se puso a gritar... Ya sabes lo que grita un andaluz cuando no tiene razón... Vino el jefe y nos largó un rapapolvos a los dos.

NICASIO.—Hizo bien.

FULGENCIO.—Dan la salida, y en la calle, en presencia de todos, tuvo la cobardía de pegarme una bofetada.

NICASIO.—¿Y tú?...

FULGENCIO.—Le dije, pero muy serio, que aquello no debía hacerse con un compañero... Los otros nos separaron, y por consejo de todos nombré dos amigos que entendieran en el asunto.

NICASIO.—¿Arreglado ya?

FULGENCIO.—Sí, sí... Ahora han venido los dos amigos a indicarme que mañana a las seis

nos batiremos a sable. ¡Ya ves qué amigos tengol...

NICASIO.—Cuando no hay más remedio...

FULGENCIO.—Siempre hay remedio. En estas circunstancias se recomienda el acta...

(*Va a sentarse.*)

NICASIO.—(*Impidiéndoselo.*)—Queriendo tú dar explicaciones...

FULGENCIO.—¿Cómo le explico que me pegó una bofetada? ¡Que diga él que fué en un momento de arrebatol... Pero ni eso me sirve... ¡A lo que han llegado las cosas; no se trata de mi honor, sino de los padrinos!... Para que ellos queden bien he de batirme yo.

NICASIO.—Eso es distinto.

FULGENCIO.—Para mí, igual. Y entre ese caballero que pretende darme una estocada y los amigos que me lleven a que la dé, no sé yo cuál es mi enemigo mayor.

NICASIO.—Ellos... Tendrás que convidarlos...

FULGENCIO.—No les compensa. Para algo salieron de su cotidiana mansedumbre. Son cuatro funcionarios de Hacienda, probos, asiduos, de los que no escriben en la oficina, y en casa escriben con papel de la oficina, que ahora se han elevado a definidores del honor, y no vuel-

ven a la covacha sin cumplir su divina misión.

NICASIO.—Convénceles.

FULGENCIO.—Tú eres el que has de convencerte. Las minutas de las Reales órdenes dan pocas ocasiones para concertar un duelo, y cuando llega uno no lo van a desaprovechar...

NICASIO.—Eso es inconcebible...

FULGENCIO.—Pongámonos en razón. Ellos no habrán visto ningún desafío..., y es natural que deseen ver alguno.

NICASIO.—Un espectáculo.

FULGENCIO.—Y de actores. Me explico que no se dejen llevar la ocasión.

NICASIO.—Solamente por lucirse ellos... ¿Y el lance es a todo juego?

FULGENCIO.—Hasta que uno se inutilice..., y el uno soy yo.

NICASIO.—Caramba...

FULGENCIO.—Eso también se explica. Los que no han sentido pasar la muerte muy cerca de su propia vida, son temerarios siempre con la vida de los demás.

NICASIO.—¿Y tú sabes tirar a las armas?

FULGENCIO.—¿Tirarlas?...

NICASIO.—¿Qué vas a hacer?

FULGENCIO.—Avisar al gobernador.

NICASIO.—Eso es indecoroso...

FULGENCIO.—En Madrid hay mucha costumbre de hacerlo así. Se le advierte por los periódicos, y él toma sus medidas, que en este caso, y en otros, son verdaderas obras de caridad.

NICASIO.—Te llamarán al Gobierno civil, das tu palabra de caballero...

FULGENCIO.—Y que me prendan si es menester...; yo no me opongo. Estoy aplanado... si nos sentamos un instante...

NICASIO.—No, no. Ve cuanto antes a tu asunto.

## ESCENA X

DICHOS; ISABEL, por la derecha.

FULGENCIO.—Doña Isabel. .

ISABEL.—Dispéñeme usted..., estamos muy ocupados.

FULGENCIO.—No le extrañe a usted, señora, no verme en unos días. Estaré preso...

ISABEL.—¡Jesús! ¿Qué ha hecho usted?

FULGENCIO.—No con cerrojos, que se rompen; ni con centinelas, que se burlan: sino con lo más sólido y lo más indestructible: estaré preso, bajo palabra de honor.

ISABEL.—¿Por algo muy grave?

NICASIO.—Una muerte.

ISABEL.—¡María Santísima! ¿Iba usted a matar a alguien?

FULGENCIO.—No, señora.

NICASIO.—Es que no lo recuerda bien. ¿Cómo puedes predecir, en un desafío, cuál caerá de los dos?

FULGENCIO.—Tienes razón. Tal vez le hubiese matado.

NICASIO.—Seguro.

FULGENCIO.—Seguramente le hubiera matado.

ISABEL.—¿La ofensa es tan enorme?

NICASIO.—Éste no quiere juegos.

FULGENCIO.—No, señora: por eso voy al Gobierno civil.

NICASIO.—Le llamaron...

ISABEL.—Me alegro que lo impidan. En ese aviso a las autoridades se reconoce la voz de la Providencia.

NICASIO.—Saluda, León. La voz de la Providencia pasó por tu garganta.

FULGENCIO.—Le juro a usted, doña Isabel, que habría sido un remordimiento eterno tener que matar a alguien.

ISABEL.—¡Claro! Y yo que le consideraba a usted como un hombre pacífico...

FULGENCIO.—Nadie puede responder de lo que es hasta que llega el momento.

NICASIO.—Lo afirmo. León mismo no sabía que era un león, hasta que va a dar su palabra de no serlo.

FULGENCIO.—Vine para tranquilizarte.

NICASIO.—Ya lo estaba.

FULGENCIO.—Y con la venia de ustedes... Hazme el obsequio de ir personalmente a disculpar mi ausencia en el Ministerio; el honor me impide asistir a la oficina.

ISABEL.—Lo siento, amigo León.

FULGENCIO.—Y yo. No soy un espadachín, no busco las pependencias, pero ya obligado...

NICASIO.—Le contraría mucho la intervención del gobernador...

FULGENCIO.—¡Y que me pase a mí esta aventura!... Precisamente a mí, que tengo la habilidad de arreglar los conflictos de todo el mundo... Aún no hace ocho días que arreglé lo del matrimonio Gutiérrez...

ISABEL.—¿Pero no se separaron?

FULGENCIO.—Sí; yo arreglé que se separaran. Sin peleas ni pleitos...

NICASIO.—¿Qué hubo entre ellos?

FULGENCIO.—Según me confesó el marido, y no lo ha negado la mujer, parece que ella le salió un poco adúltera...

NICASIO.—¿Un poco?

FULGENCIO.—Lo suficiente para no ser injusto al llamarlo.

*(Sentándose.)*

Les digo a ustedes que estoy aplanado...

*(Isabel y Nicasio le impiden que se siente.)*

ISABEL.—Siento que se marche usted tan pronto...

NICASIO.—Tiene mucha prisa.

FULGENCIO.—Mucha...

NICASIO.—Cuando yo te lo digo, la tienes.

FULGENCIO.—Entonces me voy.

NICASIO.—Perfectamente.

*(Vanse por la izquierda Isabel, Nicasio y León.)*

## EXCENA XI

LOLA y GUADALUPE, por la derecha. Luego ISABEL, por la izquierda.

LOLA.—*(Mirando los almohadones. Muy satisfecha.)*—Sin arrugar.

*(A Guadalupe.)*

Sin arrugar.

GUADALUPE.—Es muy considerado Nicasio. Basta con decirle las cosas diez o doce veces...

LOLA.—Es bien cariñoso...

GUADALUPE.—*(A Isabel, que sale.)*—Ni una arruga.

ISABEL.—No puedo yo decir lo mismo.

LOLA.—Mamá, ¿estarían bien unas flores sueltas en aquella mesa?

GUADALUPE.—Ponlas.

## ESCENA XII

DICHAS; NICASIO, por la izquierda.

LOLA.—¿Quieres traerme unas flores, tío Nicasio?

NICASIO.—Yo no me he casado para no tener que obedecer a la costilla, y de soltero me mandan tres. He triplicado mi desgracia.

LOLA.—Anda, tiiito...

GUADALUPE.—En la mesa del antecomedor las tienes.

*(Vase Nicasio, incomodado, por la derecha.)*

### ESCENA XIII

ISABEL, GUADALUPE y LOLA, sentándose en sillas.

ISABEL.—¿Lolita va a estar presente cuando vengan esos caballeros?

GUADALUPE.—¿Qué dices tú?

ISABEL.—Sería más discreto que don Esteban hablara a solas contigo.

GUADALUPE.—Estamos conformes.

ISABEL.—Aun habiendo conformidad en lo esencial, es fácil que desee pedirte algún detalle...

LOLA.—¿Va a pedir detalles, abuela?

ISABEL.—No de ti. De fortuna, de carácter, de propósitos de vida...; ¡qué sé yo lo que habrá podido ocurrirsele!

GUADALUPE.—Esteban es muy noble y muy desprendido: no hará hincapié en nada que pueda semejarse a intemperancia, y en lo relativo a intereses son tan claras nuestras cuentas...

ISABEL.—Aunque sea únicamente por cumplir las conveniencias sociales, nosotros nos retiraremos.

LOLA.—En seguida.

ISABEL.—Y luego nos llamáis.

LOLA.—¡En seguida!

*(Levantándose rápida.)*

¡Las cucharas del café, abuela!

ISABEL.—¡Ya se olvidaban!

*(Levantándose.)*

LOLA.—¡Vamos, mamá!

*(Vase por la derecha.)*

ISABEL.—¡Vamos, hija!

*(Vase por la derecha.)*

GUADALUPE.—¿No os sobráis las dos para unas cucharillas.

*(Medio mutis.)*